

## El siglo peronista.

Publicado en *Punto de Vista*, núm. 89, Buenos Aires, noviembre de 2007.

Vicente Palermo

Nacido en 1895, Juan Perón ya no era tan joven en los albores del terremoto político que llevaría, indeleble, su nombre. Y Perón era ciertamente un hombre de su tiempo. Un tiempo de mundos culturales e ideológicos nítidamente definidos y totalizantes, y en los que todos – y los hombres de orden, entre los que Perón se contaba, más que nadie – creían en los experimentos sociales. Digo esto porque, sin distraer al lector revisando las discusiones sobre las causas que explicarían el surgimiento del peronismo, prefiero, si se quiere discrecionalmente, detenerme en señalar rasgos de la Argentina del tiempo de Perón sin los cuales mal podría explicarse, no porqué surgió el peronismo, sino cómo fue el *peronismo clásico*.

Un hombre de orden; la implantación del orden consistía, antes que nada, en una cuestión de autoridad; mucho menos en una cuestión de ley. Las instituciones no eran, como se cree ahora que las ciencias sociales han dejado su marca en el sentido común, reglas abstractas que definen incentivos para la acción, sino auténticos cuerpos sociales, de carne y hueso, con memoria y mandatos (“a los 15 años mis padres me entregaron a la Patria”, evocará Perón mucho después para referirse a su ingreso al Colegio Militar). Y la implantación del orden era, a su vez, una misión, pura y simplemente porque el desorden estaba siempre golpeando la puerta y los valores convocaban a una reparación posible y necesaria. Era mejor que ley y orden fueran de la mano pero si no era el caso – como no lo fue para el joven capitán que acompañó, con lúcido contragusto y buen olfato político, el golpe que derrocó a Yrigoyen en 1930 – el orden, encarnado en la autoridad, debía estar por encima de la ley – de esta noción el peronismo no se desembarazaría al cabo nunca más, mudando apenas la fuente de legitimación de la autoridad.

A veces los eslabones más sólidos de una cadena histórica son contingencias; hubo mucho de azar en el naufragio del entendimiento de los ex presidentes Justo y Alvear enderezado a conferir al sistema político la legitimidad que perdía raudamente a través de las grietas abiertas por la espada. En los hombres que se formaban en el seno de las corporaciones en ascenso, se reforzaban las convicciones, incubadas en las décadas previas, sobre la incapacidad de las instituciones liberales y sus actores, para dar cuenta de desafíos que juzgaban apremiantes. Paradójicamente, esto debía mucho a las dificultades insalvables que

encontraron quienes apostaban todavía a una recomposición de aquel orden liberal, en razón de los dilemas creados por la irrupción y el celebrado activismo de esas mismas corporaciones. Por lo demás, si la democracia representativa parecía definitivamente periclitante y la ideología liberal destinada a ser barrida del mapa, mientras la Iglesia Católica terminaba de arrinconar a la oficialidad liberal del Ejército, la ulteriormente así llamada *Década Infame* traía otras novedades: también en el estado argentino, como en casi todo el mundo, se innovaba. La creación, notoriamente exitosa, de instituciones orientadas a expandir las capacidades estatales en la esfera económica no podía sino confirmar las creencias en torno al papel rector de un estado que debía mantenerse por encima de la sociedad para velar del modo más apropiado por ella.

Hombre de su tiempo, Perón fue capaz, no obstante, de inaugurar un mundo político que de golpe y porrazo tornó anacrónicos a todos los políticos y a toda la política argentina que le preexistía, y que continuaría compartiendo con él la escena y hasta lo sobreviviría en parte. Perón le puso palabras perdurables a percepciones e impresiones difusas que se habían ido configurando en vastos sectores sociales en las décadas previas. No inventó conceptos, pero su utilización política local tuvo destinatarios inéditos que encontraron asombrosamente sencillo identificarse con ellos y entenderlos como el lenguaje de la verdad. Precisamente porque la retórica política previa se había mantenido notoriamente inmóvil a lo largo de unos lustros de cambios sociales y culturales descomunales. “No me importan las palabras de los adversarios... Me basta con la rectitud de mi proceder... Ello me permite aseverar, modestamente, sencillamente... que soy demócrata en el doble sentido político y económico del concepto, porque quiero que el pueblo, todo el pueblo... se gobierne a sí mismo... Soy, pues, mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia... Por eso, cuando nuestros enemigos hablan de democracia, tienen en sus mentes la idea de una democracia sentada en los actuales privilegios de clase... En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista, que con ese acto entregan, sencillamente, su voto al señor Braden...” (1946).

El espíritu antiliberal y antirrepublicano cultivado por sectores dirigentes argentinos desde la hegemonía positivista hasta la deposición de Yrigoyen se encontraría con un lenguaje sumamente afín y nuevo al mismo tiempo. Nuevo inclusive comparado con la retórica unanimista de Yrigoyen, para quien él y su movimiento eran todo uno con la nación y la constitución nacional. Porque lo que ahora aparecía como núcleo duro en torno al cual girarían los restantes componentes de la cultura política nacional sería el pueblo. Mutación copernicana, sin duda, posible en especial luego de que, tras el golpe del 30, sucesivos regímenes habían dado la espalda al espíritu republicano y pervertido la sustancia democrática bajo menos que mediocres fachadas de estado de derecho y representación. Conjugando así los vientos del mundo con la más acabada execración de los sistemas liberales y representativos tanto por parte de los que

creían necesario suprimirlos para restaurar las jerarquías, como de aquellos cuya fe en el gobierno del pueblo era tan firme como su escepticismo sobre esos sistemas. En suma, si el peronismo nació visceralmente antiliberal y antirepublicano, fue en ese sentido un producto auténtico de la Argentina que sepultó al nacer. Desplazando a su vez al pasado y al campo del *enemigo* a todo posible adversario, sin que este pudiera hacer mucho por evitarlo.

De este modo, Perón podía concebirse como un innovador y a la vez como el protagonista perfeccionador del programa de restauración que la Iglesia Católica y el Ejército habían ido preparando a lo largo de los lustros previos a 1943 como nuevo orden político y social, alumno brillante de la sociedad de su tiempo, muy en especial de su activismo reaccionario. Y tanto la Iglesia como el Ejército parecían ver así las cosas. Lo que tenía este activismo de movilizador e incorporador no alteró, hasta cierto punto, el equilibrio entre lo que aquellas grandes instituciones rectoras estaban dispuestas a admitir y lo muy lejos que Perón tuvo que llegar para consolidar la viabilidad del experimento. Sacerdotes y militares tardarían bastante en advertir que todo era de otra manera, o más bien que la forma del paraíso terrenal que Perón sostenía haberles instituido, era una en la que el alumno pretendía no sólo superar sino subordinar a sus maestros.

Que las convicciones de Perón estribaban en que el establecimiento de un orden justo requería la incorporación de las diversas expresiones sociales en la órbita de un estado bajo “una mano de hierro dirigida por una inteligencia clara y guiada por un gran carácter” y una serie de principios simples, unánimes y desde luego verdaderos (es decir los justicialistas), es algo sobre lo que no se puede dudar. Poco y nada sabemos de cómo pensaba Perón el problema del poder tras el paso de los titanes políticos porque nada tiene dicho o escrito al respecto, pero cabe suponer que en la Gran Argentina que Perón nunca dejó de creer realizable, la tarea de la conducción iría a ser más bien rutinaria. Aun avanzados los 70 Perón gustaba evocar “un estado organizado para una comunidad perfectamente ordenada, para un pueblo perfectamente ordenado también... el estado era el instrumento de ese pueblo, cuya representación era efectiva”. Que esto se refiriera a un período particularmente siniestro de la historia europea, tiene menos consecuencias prácticas que el hecho mismo de que Perón creyera que eso era tan factible como necesario.

Como sabemos, Perón no tuvo el menor inconveniente con que, en el camino de la implantación del orden justo, los trabajadores organizados se convirtieran en protagonistas bien más centrales de la pieza que lo que estaba inicialmente previsto (esto no convierte al *general* en lo que habitualmente se cree, un prototipo del *pragmatismo vulgar* en el que muchos peronistas de hoy se mueven como pez en el agua; Perón fue toda su vida un político de principios). El papel conspicuo de los trabajadores fue una resultante, sobre todo, de la desconfianza de los empresarios, que resolvieron considerar (con una muy comprensible dosis de miopía política) que el verdadero peligro no era que la desatención de la cuestión social fuera a traer la revolución y el comunismo, sino el propio Perón que,

agitando la revolución y el comunismo como muñecos de paja, parecía resuelto a atenderla demasiado artificialmente y en su exclusivo beneficio.

Fue en ese vertiginoso combate político cuando las deslumbrantes capacidades de liderazgo de Perón se pusieron en juego – no al servicio de sus ambiciones personales y a cualquier precio, sino más bien en pro de un proyecto político nacional que no podía tener por sustento sino una coalición bajo liderazgo plebiscitario. Pero la pugna tuvo por cauces preestablecidos los pliegues de la por entonces muy poco conocida estructura social de la Argentina preperonista, pliegues formados aceleradamente en los 15 años anteriores, que sedimentaron a su vez procesos de larga data. En efecto, si las circunstancias terminaron haciendo de Perón el conductor de un movimiento y un régimen cuya radicalidad social era bastante más real que lo que él mismo podría haber deseado y concebido al emplear entre 1943 y 1946 su retórica, esto fue así debido en gran medida a las peculiaridades de las relaciones de producción y su infraestructura político estatal, legadas ahora a una Argentina que debía abrirse inevitablemente al incógnito escenario internacional de posguerra y dar cuenta al mismo tiempo de los problemas de representación del régimen político y de incorporación de nuevos grupos sociales. En extrema síntesis, esas peculiaridades pueden ser descritas del siguiente modo: explotación capitalista desnuda sobre trabajadores que disfrutaban, no obstante, de salarios reales entre los más altos del mundo.

Ningún lector ignora las grandes líneas de los debates académicos sobre la continuidad y la ruptura que significó el peronismo en relación a la Argentina anterior. Una dimensión de este debate se interroga por el alcance y la profundidad de los poderes estructurales del estado en el mundo del trabajo, sea en sus dimensiones bismarckianas, sea en aquellas correspondientes a la regulación de los conflictos de clase. En lo que atañe a este punto, un brillante ejercicio comparativo reciente me autoriza a ser muy sucinto: en materia de legislación social efectiva, Perón hizo en tres años lo que los Australianos hicieron en 50. La otra dimensión es específicamente identitaria, y también aquí el componente de ruptura es más relevante. Porque, por razones que no es ocasión oportuna de ventilar, las interpelaciones político-partidarias establecidas y orientadas a los trabajadores no habían sido eficaces. Y Perón será el protagonista de una enérgica interpelación hacia ellos efectivamente constituyente de sujetos políticos: trabajadores que en su condición de tales tienen derechos a ser protagonistas, un renacimiento identitario que es político y social al mismo tiempo (“Se perfila la figura del coronel Perón como la mentalidad argentina conductora del ejército civil de los trabajadores”, dirá el titular del periódico *El obrero ferroviario* de... enero de 1944). Colocar el foco, en *esta* cuestión, en el liderazgo, puede confundir las cosas. Por resaltar, creo que indebidamente en relación a *esta* dimensión constitutiva (y no a sus consecuencias ulteriores), los rasgos sea paternalistas sea heterónomos en la relación líder-masas. En el vértigo de esa interpelación, Perón era para los trabajadores, antes que nada, *el primer trabajador*, uno de ellos. ¿Fuera de su mundo social? ¿Desde el ámbito estatal? ¿Con las

corporaciones a su espalda? ¿Apelando desde lo alto a las masas en el marco de un conflicto interélites? Todo lo que se quiera y con las muy bien analizadas consecuencias de largo plazo. Pero la brecha que abría entonces era más importante como experiencia política. Sólo así puede entenderse – por ejemplo – la intensidad del perfil laborista y la adhesión firme, hasta el límite, de los dirigentes de ese perfil, y su tragedia posterior (v.g. Gay, 1947). Sólo así los sectores populares podían sentir que Evita personificara, aún más que un estado paternalista, indulgente y arbitrario, a ellos mismos.

Es verdad que tras las pinceladas finales la tela mostraba, al descubrirse del todo en febrero de 1946, algo que no se parecía exactamente a la nación católica en armas prometida a los sacerdotes y a los centuriones. Pero ni unos ni otros se tomaron las cosas a la tremenda. Hubieran preferido un orden franquista, no un orden justicialista; mal podían disimular su simpatía cuando jefes de la unidad de destino en lo universal visitaban la Argentina y, estupefactos ante las concentraciones populares, comentaban – mintiendo – que había sido precisamente contra esa ralea que se habían alzado en 1936.

Y no dejaron, muchos, de sospechar que en la Comunidad Organizada podrían haber perdido la función tutelar sobre los destinos nacionales a manos de un caudillo cuya autoridad no dependía como la de Franco de la Gracia alcanzada a sangre y fuego y para siempre, sino de las masas populares. Pero fue solo cuando Perón se deslizó en la pendiente típica del poder paranoico que el régimen comenzó a devorarse a sí mismo al morder partes vitales de su propio cuerpo.

Lo más llamativo es que las vicisitudes económico políticas no solamente corrieron por cuerda separada de la inclinación vehemente del régimen a ocupar la totalidad de mundo social, cultural y político argentino, sino que las soportaron bastante bien. En efecto, es poco lo que podría explicarse, por caso, de los más desatinados movimientos de Perón hacia las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica buscando motivos en las dificultades de la gestión macroeconómica y sus impactos sociales, así como poco o nada podría encontrarse en aquellos impulsos irrefrenables que nos ayude a entender las complicaciones de la economía. Si la observación tiene relevancia en este ensayo, es porque permite sustentar que el peronismo clásico estaba logrando aprender aceptablemente a habérselas con los dilemas propios del proteccionismo distributivo en el que circunstancias de larga data así como decisiones más recientes habían metido a la Argentina.

Creo que puede decirse sin exagerar que el peronismo clásico quedó demasiado injustamente asociado a la economía política del populismo, modo de gestión de la que la Argentina post-peronista habría de conocer ilustraciones peores (como la del gobierno, también peronista, de 1973-75). Y esto puede afirmarse no solamente tomando en cuenta el espejismo constituido por el mundo de la inmediata post-guerra para cualquier observador argentino (autarquía española, experiencias de otras post-guerras, el hambre reinante en Europa, las nuevas perspectivas bélicas, las obvias dificultades para predecir la fenomenal prosperidad occidental desde principios de los 50). Puede sostenerse también, y

sobre todo, si se considera la eficacia nada despreciable con que, quienes sucedieron a Miranda en el timón de la economía, lograron capear los inevitables temporales del *stop and go*, y lo muy lejos que el propio régimen había llegado en la comprensión de la rematada caducidad de los ideales autárquicos.

Nada permite sospechar, en suma, que las tensiones que ciertamente se incubaban en el mundo de la producción llevaran inexorablemente a la explosión del régimen, o que las dificultades que Perón estaba encontrando para hacer tragar a su caballada parlamentaria el forraje de la apertura al capital externo fueran insuperables.

Esto no significa, por supuesto, que la gestión peronista de la economía no hubiera tenido que enfrentar en cualquier caso decisiones y circunstancias penosas. Esto sí era insoslayable, precisamente porque la distribución peronista del ingreso tenía forzosamente que ceder. Significa, en cambio, que consumiendo el capital de divisas y el tiempo de las fugaces circunstancias internacionales que habían hecho posible un incremento del salario real de más del 60% hasta 1948, el peronismo clásico había acumulado un capital político con el que podía contar. Si primero de la mano de las circunstancias, y luego de la más activa del propio Perón, Argentina había entrado en el atolladero del proteccionismo distributivo, era imposible salir de él retrocediendo, y se precisaba de una enorme dosis de energía política y estatal para avanzar en una transición dolorosa y prolongada.

Que Perón y su régimen resolvieran dilapidar aquel capital político es otro asunto de esta historia. La compulsión peronista por encontrar tanto en las buenas como en las malas noticias, en los acontecimientos desfavorables tanto como en los favorables, ocasiones para plasmar el ideal de una sociedad unánime, chocarían las más de las veces con las consecuencias no deseadas, pero inexorables, de sus propios éxitos, que fueron indiscutibles. No puede decirse lo mismo en el caso de los afanes de proyección internacional del régimen y reconocimiento continental de un papel rector a la Argentina peronista – esfuerzos que se estrellarían sobre todo contra los muros invisibles para las ilusiones mesiánicas, pero demasiado reales, puestos por la consolidación del poder estadounidense y la muy entendible suspicacia que una política de caudillo de suburbio, presidida por una retórica de auto-ensalzamiento, despertaría en los vecinos, tanto mayor cuanto más próximos. De lo primero nos hablan, por caso, las desventuras del coronel Domingo Mercante al frente de la provincia de Buenos Aires, que gobernó con ingredientes de pluralismo y reconocimiento de la legitimidad política de los no peronistas muy diferentes a los dominantes en la esfera nacional y en el resto de las provincias. De lo segundo, la impotencia de Atilio Bramuglia, el primer canciller del gobierno peronista, cuyos competentes esfuerzos no consiguieron mellar las convicciones de gran potencia que el justicialismo abrigaba para sí mismo y para la Argentina (abrevando también en esto en la Argentina *liberal*). Que Mercante y Bramuglia tengan tan poco que ver con las pasiones y pulsiones que llevaron más lejos al peronismo en el camino de su debacle y hayan sido a la vez figuras centrales del

período clásico, nos dice mucho de un aspecto de la historia poco conocido aún, que la criba del régimen convirtió en impotencias y dramas personales.

La iracundia del último tramo del peronismo clásico, aquel compendiable como el conjunto de desatinos con el que Perón se perdió a sí mismo, nos muestra el vertiginoso derrumbe de un régimen al que nada le faltaba para enfrentar, en el peor de los casos, una penosa decadencia y en el mejor un transcurrir semejante al plasmado por el PRI sobre el estado mexicano (la única objeción de sustancia a ello, debo admitirlo, descansa en el problema de la sucesión). El derrumbe fue, no obstante, en virtud de su brevedad, su índole convulsiva, su vesanía popular, de crucial importancia para la sobrevivencia posterior del peronismo (creo que la mejor comparación posible con el pistoletazo de Vargas es esta, porque a su modo Perón también se autodestruyó como presidente en un solo acto, en lugar de enfrentar una agonía desgastante; y esto le permitió galvanizar al cabo sus fuerzas, del mismo modo que el sacrificio de Vargas les permitiría a sus sucesores mantener unida la coalición y hacer a Kubitschek presidente. Sólo que esa recuperación la hizo Perón para reconquistar el poder, no para transferirlo). El final del peronismo clásico fue catastrófico, pero sin esos rasgos Perón no podría haber reconstruido su movimiento desde el ostracismo. Fue como si el espíritu de Evita volviera por sus fueros a electrizar las masas populares desconcertadas y a inyectar temeridad en un Perón enceguecido por la cólera olímpica. La vindicación de una Evita que revivía para cobrar a los milicos y a los curas la deuda de sangre inferida en agosto de 1951. Evita estaba presente en el agudísimo cambio de rumbo en las relaciones con la Iglesia, tanto como en la leña que Perón arrojaba a las hogueras populares y que prometían arrasarse con el monopolio de la violencia legítima. Extremadamente significativo es al respecto, cae de su peso, que la composición de las coaliciones antiperonistas del 45 y del 55 hayan sido tan diferentes.

Las decisiones de Perón para con la Iglesia y los militares y el perfil del último peronismo social anterior al golpe de setiembre del 55, en relación al último varguismo, me traen a la memoria – analogía algo frívola – a Maurice Chevalier imitando a Sammy Davis Jr. imitando a Maurice Chevalier. Fue el 5 x 1 del que, tres lustros después, la Juventud Peronista no precisaría más que completar la rima. Insólitamente para muchos de sus protagonistas, el peronismo que había aspirado a ser el fundamento del orden nacional, la piedra angular en el arco de la comunidad organizada, se encontraba presidiendo constitucionalmente multitudes enfurecidas que quemaban iglesias, bibliotecas y clubes oligárquicos, y cuadros sindicales y barriales que discutían si formar o no milicias populares. Perón perdió la Presidencia y lavó su alma. La conspiración, la traición, la corrupción de los malos funcionarios que habían abusado de un Perón demasiado bueno, se convirtieron en verdades definitivas.

Fue en esa fase final cuando adquirieron singular relevancia algunos rasgos básicos del peronismo clásico, precisamente aquellos tan inherentes al mismo como de mala, por no decir pésima, convivencia con las aspiraciones de orden de

sus componentes y dimensiones más reaccionarias: la presencia de Evita, y su iridiscente carisma – devenido aún antes de su muerte en ritualidad religiosa burocráticamente rutinizada pero, sobre todo, en infiltración penetrante en la porosidad de la cultura religiosa popular – en la estructura básica del peronismo como identidad, fuerza política y régimen de gobierno (desde luego el punto de más clara tensión al interior del régimen estuvo marcado por el *Cabildo Abierto* del 22 de agosto; por otra parte, ¿qué clase de régimen constitucional era uno en el que la fórmula presidencial ganadora se dirimía en una pulseada entre las masas en la calle y los generales en los escritorios?). Y el mar de fondo de la batalla de la productividad, en la que el gobierno estaba llevando las peores haciendo patente el otro cuerno de la autonomía “de clase” de las masas dentro de una relación políticamente heterónoma – el cuerno de las relaciones en el mundo del trabajo que Perón pudo domeñar aún menos que el primero, el de la movilización popular. No sugiriero en modo alguno que los sinsabores de la puja distributiva condujeran al colapso del régimen. Sí resulta claro, en cambio, que la rebeldía obrera dejó una marca en la identidad peronista de vital importancia ulterior (tanto para resistir como para significar al peronismo). Todo esto alterará el perfil de la memoria identitaria, de las orientaciones dominantes, y de la base social posible a la hora de pensar cómo reunir los pedazos. Con este telón de fondo, la cerrilidad de los gorilas no hizo más que refrendar todas las verdades, completando la transformación estética del peronismo clásico y absolviéndolo de todos sus pecados. Gracias a ello el peronismo pudo alcanzar, fracasado como régimen, el milagro de articular dos épocas, nacionales tanto como mundiales. Y fue sorprendentemente capaz de ir cambiando conforme cambiaba el contexto internacional y la propia Argentina.

Desde 1955 hasta 1973 la historia peronista tanto como la argentina estuvieron presididas por una cuestión clave y por los efectos inesperados para casi todos del modo en que esa cuestión se resolvió. El objetivo al que Perón subordinó definitivamente cualquier otro propósito y al que, al cabo, fue consiguiendo que se subordinase toda la política nacional fue el de reconstruir y consolidar su liderazgo, y hacerlo valer en el único terreno para él concebible y en el que continuó convencido de poder seguir siendo imbatible, el voto popular. Salvo, quizás, durante el breve tramo lonardista (tramo tan carente de realismo histórico en su propósito restaurador como dotado de sensatez en lo que se refiere al modo de encarar a los peronistas), Perón jamás se consideró (a diferencia de casi todos, peronistas o no, que sí lo consideraron) baraja fuera del mazo. Sobre todo una vez que pudo comprobar que Lonardi era expulsado por un baturrillo de energúmenos vengativos dispuestos a propinar a los peronistas la humillación más exhaustiva. Perón sabía que contaba con un capital valioso que poner en juego; pero siempre consideró que corría el riesgo de que este capital se esfumara si no se entregaba plenamente a su cuidado y en tiempos compatibles con su ciclo vital. Por ende todos los otros objetivos posibles estuvieron comprometidos por este, absolutamente prioritario. Perón no podía – por caso – preocuparse por crear

condiciones mínimamente favorables a la llegada de un gobierno de sustentación popular. Aunque entendía que tampoco precisaba hacerlo, sea porque creía de veras ser *el hombre del destino*, sea porque creía que una vez reconstituido su liderazgo, revalidado luego en las urnas, y con el estado al cabo en sus manos, iba a poder resolver todos los problemas que pudiese haber tenido que contribuir a crear en el camino de aquella reconstitución. Entre estos problemas, uno de los principales era, precisamente, una vasta y sistemática tarea de destrucción política, que consistió en la liquidación de cualquier figura con proyecciones de autonomía e independencia político-electoral. Podía, en las aguas turbulentas de su movimiento, tolerar sindicalistas, podía tolerar centuriones, intelectuales, cuadros armados, financistas de la política, pero no podía tolerar políticos peronistas con votos. Quizás los ejemplos más claros al respecto sean los de Bramuglia y Vandor; el problema para ellos era insoluble, porque no tenían modo de negociar, conciliar, hacer transacciones con *el régimen*, indispensables para proyectarse políticamente y afianzar bases electorales peronistas, que no pudieran ser más temprano que tarde fulminadas por el anatema de Perón. Sobre todo porque *el régimen*, con la parcial excepción del período 63-66, se mostraría indeciblemente incompetente en la gestión de esas transacciones.

Es que si hay algo que resulta a la vez chocante y enteramente comprensible, es la ceguera política e intelectual que, casi sin excepciones, afectó a los argentinos en lo que se refiere al poder de fuego de Juan Perón después de 1955. El peronismo pasó a ser el sueño y la pesadilla, el objeto de la reflexión más y más compulsiva, los peronistas un riquísimo botín al alcance de la mano, pero la atención que se creyó podía merecer un presidente depuesto y exiliado entrando en su ancianidad fue naturalmente muy escasa, por no decir nula. No hay más que recordar las torpes disquisiciones de Julio Irazusta en un elegante ensayo redactado en 1956 – la única explicación plausible del *absurdo* era la codicia sin freno – o las de Emilio Hardoy que pintaba, con corrección política de época, la sangre mestiza de Perón como la de un araucano falso, flojo y codicioso. Y en efecto era fácil equivocarse si se toma en cuenta que la política latinoamericana estaba llena de caudillos, dictadores y tiranos de toda laya, y muy pocos habían conseguido revertir el jaque mate cívico-militar y casi todos habían dado muestras de que, por cierto, sus pasiones por el poder se explicaban en arreglo a motivos que dejaban luego poco margen al coraje moral y al vigor necesarios para cruzar el desierto. Quizás Perón no tuvo tiempo para hacernos recordar la máxima de lord Acton sobre los estragos del poder absoluto (Evita murió en 1952 y la decadencia y la corrupción aceleradas frenaron en seco en 1955). Quizás la mirada del ensayo intelectual argentino hubiera estado mejor inspirada con menos Germani y más Carlyle. Y quizás no se pensó que Yrigoyen, que sin duda contaba con la misma fibra, tenía 78 años y una salud quebrantada cuando fue expulsado de la Presidencia.

Fue desde 1955 asimismo que tuvo lugar una colosal batalla cultural, la puja por las interpretaciones sobre y de – y por tanto también para – el peronismo. Inútil es decir que en esa batalla el espíritu de la *Libertadora* tenía la partida perdida

de antemano. Pero de ningún modo podría afirmarse otro tanto para una enorme gama de configuraciones discursivas, relatos y formas de entender el peronismo. Desde 1955 el monopolio de la enunciación de relatos sobre el peronismo del que había gozado prácticamente sin contestación alguna el propio Perón había desaparecido. Y florecieron las más variadas interpretaciones. Esto tiene la mayor relevancia política, dado que los relatos eran otro de los campos en que se jugaba la suerte del propósito de Perón de reconstituir su liderazgo. Y en paralelo y combinado con esta tarea tiene lugar, precisamente, un asombroso proceso de reinención del peronismo.

El peronismo no fue una invención de los intelectuales; ciertamente, los intelectuales tuvieron escasísima intervención directa en cualquier proceso que haya contribuido a definir la identidad peronista antes de 1955. Pero no es exagerado afirmar que el peronismo después del 55 se reinventó. Acostumbrados como estamos a observar (naturalizadamente) al peronismo desde nuestros días, la reinención pasa desapercibida; pero si cambiamos la perspectiva, mirándolo desde sus orígenes y sus *esencias* como peronismo clásico, se trata de una mutación espectacular. El peronismo se reinventó a sí mismo y, esta vez sí, tomaron parte los intelectuales. La reinención del peronismo les debe mucho a intelectuales en su mayoría provenientes de una izquierda a la deriva en busca de sus objetos del deseo: la clase trabajadora y la nación antiimperialista. Y en esa reinención, cobran significado cuestiones más o menos importantes del peronismo clásico a las que ya me he referido, como Evita, la imbatibilidad del sindicalismo de planta y de base contra el sindicalismo obediente y hasta contra el propio régimen (sin negar a Perón como líder), la fase virulenta final (con las milicias obreras como una posibilidad real de agenda política). Entonces, en su reinención, en la historia revisada, dimensiones fundamentales de la formación del peronismo y de la identidad peronista, como la Iglesia y las FFAA, pasaron a un plano muy secundario, y otras cobraron nueva luz. El peronismo como orden justo, estable, a ser defendido apenas de unos pocos malos argentinos, deja lugar al peronismo como redención revolucionaria social y política.

Como ya recordamos, entre las invectivas que Perón había dirigido regularmente como presidente de todos los argentinos a una oposición calificada de canallesca, estaba la de fingir defender la democracia. Ante los peronistas, pero no menos que ante muchos que todavía no lo eran y hasta habían despreciado ese régimen agobiante, nada parecía ahora más convincente que aquella imputación de falsedad y cinismo. Los gorilas no inventaron la proscripción pero, ahora, era la fuerza política que había sido víctima de la misma en los 30 una de las que más se aferraba a ella (excepción hecha de corrientes que sólo fueron dominantes en el partido radical cuando limaron a este respecto su intransigencia). Los antiperonistas se habían metido en un lodazal político en el que se enterraban cada vez más. Todos daban por hecho que habían recuperado el centro de la escena para presidir una inexorable desperonización de las masas y beneficiarse de su disponibilidad. Y habían expulsado a Perón en nombre de la democracia, negando

a los peronistas, por no ser democráticos, el derecho a ser votados, aunque no podían impedir, desde luego, que los peronistas votaran. Mientras que los peronistas no exigían otra cosa que poder votar en paz y libremente. Todo esto es más asombroso cuando se advierte que, si el fugaz pero potentísimo ímpetu *libertador*, en vez de consumido en gestiones que solo podían desnudar sus contradicciones, hubiera sido empleado en el corto plazo en una elección polarizada, los peronistas probablemente habrían sido derrotados y, en todo caso, habrían estado lejos de recuperar las condiciones favorables siquiera a la implantación de una democracia priista.

Los herederos del 55 se hundían así en el lodazal mientras se asestaban golpes unos a otros, ya que nada los unía, ni sus preferencias de política, ni sus opciones normativas. Democráticos devenidos en dictadores supuestamente provisionales, todos, militares y civiles, tenían agarrado por la cola al tigre de la legitimidad. Pero este formidable problema de la imposibilidad de dotar al régimen político post-peronista de una fuente de legitimidad se haría cruelmente manifiesto, antes que nada, en los desempeños en un campo tan insoslayable como mortífero: el gobierno de la economía de una sociedad conflictiva. La sociedad conflictiva, poco más o menos, que dejó en legado el peronismo clásico y que (como vimos) Perón había empezado a aprender penosamente cómo administrar.

Si el peronismo había llevado demasiado lejos al modelo de proteccionismo distributivo enredando las piernas de la economía argentina en conflictos que le hacían imposible adaptarse y aprovechar el renacimiento comercial internacional inédito que en la inmediata posguerra muy pocos esperaban, ahora, la caída de los insostenibles salarios peronistas podía ser muy redonda y paladinamente imputada a la naturaleza antipopular y antinacional de los gobiernos post-peronistas.

Ahora sí, precisamente por eso, la Argentina había entrado en su callejón. La gestión de gobierno se convirtió en un juego de factores ingobernables – como explicaba Jauretche con sarcasmo, “*la bota’ e potro no es pa’ todos*”. El poder de fuego del sindicalismo peronista era tal que tanto los militares como los empresarios encontraron más económico adaptarse a él, sea cediéndoles gigantescas porciones del tinglado corporativo, sea *dejándolos venir* en cada réplica militante a las caídas salariales – sin ignorar que las implacables crisis externas cerraban una mano del juego distributivo al tiempo que abrían la siguiente. La otra cara de los naipes mostraba invariablemente un régimen político desfondado en su legitimidad.

Decir hoy que todo esto condujera derechito a la militarización de la política es tan fácil como tramposo, porque antes de atravesar los tramos más sangrientos de este callejón, no faltaron quienes tuvieran soluciones imaginativas, o razonables, para salir de él. Y todas contaron asimismo, no puede pasar esto desapercibido, con peronistas.

Uno de estos sensatos intentos políticos fue encabezado por el gobierno radical de Arturo Illia, y tuvo un inesperado aliado táctico (aun cuando la memoria cívica del radicalismo haya quedado marcada por episodios mucho menos gratos)

en el *Lobo Vandor*, resuelto a darle batalla al general en el único terreno en el que Perón no lo admitía. El general le partió el espinazo a este proyecto en las elecciones mendocinas - a las que envió su tercera esposa, en un viaje tan fatídico por el éxito de la intervención como por el hecho de que Isabel conociera y reclutara para el servicio en Puerta de Hierro a José López Rega. Cuando hablaron los votos mendocinos, la suerte del gobierno civil y del proyecto civil quedaron selladas (aunque no la del dirigente metalúrgico), dando paso a la estulticia de Onganía, que creía que la Argentina del 66 era más o menos como Brasil a la sazón y que se podía aplastar con la bota el rostro de la política por el tiempo necesario para hacer posible que el país se desarrollara a marchas forzadas. Y Perón, una vez más, estaba en lo cierto: el problema argentino era político, no económico. Se lo enseñaron (inútilmente) a Onganía pocos años después, en Córdoba, los obreros mejor pagos del país, aunados a estudiantes de todo tipo y a militantes de toda condición.

La violencia que respondía a raíces eminentemente domésticas era, por otro lado, percibida por más y más jóvenes como un viento mundial acariciador de gratas esperanzas. Para quienes abrazamos la política con alma y vida en aquel entonces, la violencia ciertamente no era un problema político; era constitutiva de la vida social, impensable esta misma sin ella, y no parte del problema sino de la solución, más aún, era la solución. Quizás hubiera motivos de sobra para percibirlo así y no era Perón quien lo negara. Antes, mucho antes de su bien conocida bendición a las *organizaciones especiales*, Perón nos interpeló con expresiones del siguiente tenor: "es fundamental que nuestros jóvenes comprendan y tengan siempre presente que es imposible la existencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras... la tarea fundamental es triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados en nuestro propio movimiento político..." (mensaje a la juventud de octubre de 1965). Así, legitimación de la violencia política y creación de una nueva categoría política doméstica, la *juventud*, vinieron de la mano. Pero esta fue una opción de encrucijada, una elección por caminos que descartan definitivamente algunos escenarios de llegada que antes de la decisión todavía eran posibles. Que más que a la militarización de la política, ello condujera al arrasamiento de la política por las armas, y que de ese modo cualquier futuro régimen democrático sería tan precario como un castillo de naipes, eran cosas que parecían no preocuparle ni a Perón ni a muchos dentro del peronismo y en sus márgenes. Perón presidió la parte sustancial que le tocó de esa guerra civil larvada declarando, impávidamente, que su superioridad estribaba en haber sabido manejar mejor que sus enemigos el desorden.

Y en efecto así parecía ser, con el punto culminante en su primer regreso a la Argentina. El abrazo Perón-Balbín tenía mucho más de auténtica legitimación recíproca de actores e identidades políticas, de profundo reconocimiento personal, que de atenciones *pour la galerie*; no obstante, todavía en mayo de 1973, el otro peronismo, tan vivo como siempre, hablaría en los labios del flamante presidente Cámpora en su mensaje al Congreso de la Nación: "La intriga que comenzó al día

siguiente del triunfo popular del 46, logró sus designios al cabo de nueve años y truncó una revolución incruenta que trajo la felicidad para nuestro pueblo y cimentó las bases de la grandeza nacional". Tras ello, en 1955 "comienza la sistemática destrucción de una comunidad organizada [y] todos los sectores sociales padecen sus consecuencias...". Esta atribución del mal inconmensurable a un sujeto tácito era apenas ligeramente diferente a la del Perón clásico cuando hablaba de sus opositores: "faltaría a elementales deberes si no me dirigiese a todos los argentinos para atajar la campaña... de la que no sería yo la víctima... sino la totalidad de la nación cuyos supremos intereses defiendo...". Cámpora no precisaba ya hacer de modo explícito lo que Perón todavía en 1947 consideraba didácticamente necesario, fijar torvamente los blancos: "se han coaligado la vieja política, la prensa netamente capitalista, un sector considerable del capitalismo, los enemigos que en el exterior mantienen ideales extremistas de izquierda o de derecha, y los enemigos que en el interior sirven tales doctrinas foráneas...".

Pero la historia se vengó del peronismo, porque colocó a sus protagonistas en lugar y momento indicados para que esta vez fuera él quien presidiera la peor explosión hasta entonces conocida de la economía argentina, dejándolo al desnudo, esto es, tal cual efectivamente era en ese momento, un ejército victorioso y un movimiento pavorosamente desprovisto de toda capacidad de mediación tanto política como estatal. La crisis de 1975 abrió por primera vez desde 1955 una (sinistra) fuente de legitimidad para salir del bloqueo político-social, que fue tan enérgica como desastrosamente empleada por la coalición militar y civil de la nueva dictadura. El peronismo, luego de estar, durante la fase del terror estatal, *de ambos lados de la picana* ("pertenece al mismo movimiento", le decía con más amargura que sorna su carcelero a una presa política), resultó ser para los dictadores la obsesión que eclipsó todas las otras: el genio a destruir y a conjurar al mismo tiempo. Consiguió sobrevivir al vapuleo, pero salió de él más deteriorado que nunca.

En el nuevo regreso al orden constitucional, los peronistas, en su inmensa mayoría, se avinieron – entre más que satisfechos y resignados – a aceptar que la democracia siguiera siendo básicamente un juego corporativo con condimentos plebiscitarios. Esto a pesar de que nadie podía ignorar las rupturas inéditas del terror estatal, la descomunal desarticulación de la economía y el estado, y la guerra de Malvinas. Como se sabe, Alfonsín se atrevió a protagonizar, y hasta personificar, un registro completamente diferente de la cuestión democrática, que tuvo un comienzo triunfal. Lo sorprendente, otra vez, es la rapidez con la que se adaptó ese mismo peronismo a un cambio de circunstancias políticas que lo había pillado fuera de cuadro. Acaso la adaptación fue demasiado rápida, mostrando que por debajo de las aguas revueltas de la transición democrática se movían corrientes más lentas pero más duraderas. Indiscutiblemente la renovación fue mucho más que una mutación cosmética; pero su victoria electoral en 1987 – al serlo a un tiempo sobre el resto del peronismo y sobre la Unión Cívica Radical – le permitió avizorar un camino hacia el gobierno mucho más corto que el que los

primeros renovadores, y ciertamente los radicales, estimaban concebible hasta entonces para el peronismo. La totalidad del peronismo se cobijó sin ceremonias bajo el paraguas renovador, que ahora prometía la victoria, y la ligereza del proceso hizo posible que fuera menos doloroso, pero también mucho menos profundo, el impacto de la derrota de 1983 – los peronistas no terminaron de entender por completo que la invencibilidad del movimiento en las urnas no era un parámetro de la nueva democracia argentina, y sobre todo no terminaron de digerir que en esa democracia pudiera caberle al peronismo otro lugar *natural* como no fueran las sedes de los ejecutivos federales, provinciales y municipales. Después de todo, la distinción entre peronismo, pueblo y nación no cristalizó definitivamente. No en vano quien recogería, al cabo, los frutos de la renovación, sería un renovador a su modo muy auténtico, Carlos Menem. Quien, en la tarea de reconducir al peronismo, renovadamente aglutinado, al gobierno nacional, no dejó todo al cuidado de la Diosa Fortuna; la dosis de responsabilidad política que se puede cargar a este peronismo renovado en el catastrófico final del gobierno de Alfonsín – que salió de la Casa Rosada *escupiendo sangre*, como expresaron complacidos quienes se disponían a entrar en ella – va bien más allá del límite que podría calificar a una oposición leal.

Como capítulo de la historia peronista, los años de Menem merecen ser abordados desde su epílogo: nada tiene de inaudito que el peronismo haya podido desentenderse tan convincentemente de esa suerte de lepra política en que hoy se ha convertido el menemismo para casi todos los argentinos. Me gustaría recordar al senador Eduardo Menem explicando, a la hora de justificar la negativa de su bloque a los proyectos de privatización del gobierno radical, que el peronismo jamás aceptaría poner *bandera de remate a la soberanía nacional* y, pocos años después, a los diputados justicialistas cantando a voz en cuello la marcha peronista (sin omitir, desde luego, los motivos por los cuales el general se habría sabido conquistar a la gran masa del pueblo) al celebrar la trabajosa aprobación de la privatización de YPF. Quizás el lector piense que apelo a un recurso facilón para poner en ridículo a los peronistas y meter el dedo en la llaga de sus incongruencias. Todo lo contrario: no encuentro en las gestiones presidenciales del caudillo riojano, desde el principio al fin, cosa que no pueda ser considerada inherente al *peronismo verdadero*. De hecho, los peronistas solo pueden tomar admisiblemente distancia de los años de Menem en virtud de un fuerte implícito: por sus frutos los conoceréis. Del mismo modo en que el mal jamás es capaz de producir el bien (como seguramente pensaba Maquiavelo antes de cumplir 7 años), detrás de malos resultados no puede haber jamás buenos peronistas. Este mecanismo por el cual los peronistas son tan perfectamente convincentes vendiendo un día su alma al diablo como arrimando al día siguiente la tea a la hoguera de los herejes, nada tiene de nuevo en la historia del movimiento. No obstante, deducir de ello que el peronismo siempre fue la fuerza política doméstica emblemática de la *realpolitik* en su sentido más crudo no sería justo; como he señalado ya, Perón jamás abandonó la vocación política weberiana de *ofrecer algo al*

*mundo*. Conjeturo que observaría con desdén los afanes prosaicos que equiparan a los variopintos clanes peronistas de hoy.

Como sea, si el peronismo pudo persistir, de generación en generación, no es solamente en virtud de la ley universal que nos dice que mantener una identidad es más fácil que crearla, y más fácil aún que extinguirla. Es, en particular, por otras dos cosas. Primero, porque el peronismo nunca careció de extrema habilidad para avanzar en la tierra social arrasada por los desastres en los que él mismo tuvo una nada despreciable contribución; y, segundo, porque si el peronismo se demostró hasta ahora de amianto en relación al efecto incendiario de sus propias gestiones, es porque sus relatos continuaron siendo los más verosímiles *en el seno del pueblo*, embebidos de la heterogénea cultura política argentina contemporánea. Por cierto, uno de los mejores ejemplos al respecto es la absorción que el peronismo fue capaz de hacer, una vez expulsado del poder en 1955, del revisionismo histórico, sobre todo si se toma en cuenta la buena salud que el mismo disfruta, traducido a los códigos mediáticos, todavía hoy.

Es posible que tras las reformas presididas por Menem, y la crisis de 2001-2002, la Argentina peronista haya dejado de agonizar para morirse de una buena vez. Menos dudoso es que el peronismo ha sobrevivido - maltrecho, descompuesto y desarticulado, pero vivo - a la extinción de su Argentina. No solo eso; de momento, y sin que nada sugiera que esto vaya a cambiar en plazos previsibles, los no peronistas *la miramos de afuera*: sigue dependiendo de los aciertos y los desaciertos de los que los peronistas sean capaces, la suerte colectiva de la Argentina post-peronista<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Entre las contribuciones que he recordado a la hora de escribir este ensayo, sin pretender, desde luego, hacer responsables a sus autores *del modo en que las he recordado y empleado aquí*, se cuentan las de Altamirano, de Ipola, Gerchunoff, Halperin Donghi, Neiburg, Paradiso, Plotkin, Romero, Sarlo, Sidicaro, Sourrouille, Torre, Zanatta; a los que no puedo menos que pedirles sinceras disculpas.